

ph

Tres visiones sobre el regreso de los escépticos*

*Tomado de *Magazine Littéraire*. N° 394; enero de 2001, pp. 18-27. La traducción del francés de los tres artículos que siguen, es de Carolina Urbano: *El escepticismo filosófico y su límite* de Marcel Conche (pp. 20-22); *Por una renovación escéptica* de Frédéric Cossutta (pp. 22-25) y *Pirrón: "eliminar todos los supuestos"* (pp. 25-27).

ph

Metrodoro de Chios decía que él ni siquiera sabía que no sabía nada. A los filósofos les gusta referirse a la modesta lucidez de Sócrates quien "sabe que nada sabe", porque la crítica radicalidad del escepticismo que ni siquiera sabe que no sabe nada, a menudo les produce miedo.

Sin embargo, desde hace algunos años, las investigaciones sobre esta filosofía se han multiplicado. Al lado de la traducción de textos y estudios clásicos, desde Sexto Empírico hasta Richard Popkin, se redescubre la importancia de esta corriente del pensamiento, caricaturizada con mucha frecuencia, por aquellos que pretenden refutarla. En realidad, el escepticismo no es una escuela o una tradición intelectual homogénea. Está encarnada en primer lugar por los personajes y las obras, cuya potencia propiamente filosófica es todavía muy desconocida: Pirrón, Arcesilao, Carneades, Sexto Empírico, Montaigne, La Mote, Le Vayer, Bayle, Hume... sin hablar de todos aquellos más célebres cuyo pensamiento está totalmente impregnado del escepticismo de los anteriores: San Agustín, Descartes, Pascal, Berkeley, Diderot, Nietzsche, Wittgenstein. ¿En realidad se trata de un regreso de los escépticos? No, ellos siempre han estado allí, elaborando el pensamiento y destruyendo sus pretensiones como infatigables topos. Ubicarlos por un instante permitirá, quizás, contemplar los estragos, pero seguramente no se detendrá en su trabajo de cuestionar los principios.

Thomas Bénatouil.

- FILOSOFIA MODERNA - SIGLO XX
 - TEORIA DEL CONOCIMIENTO
 - ESCEPTICISMO
- P. 123 - 127 (5 p.)

EL ESCEPTICISMO FILOSÓFICO Y SU LÍMITE

MARCEL CONCHE

66666

“El escepticismo es la filosofía ineludible de nuestro tiempo” diría Sartre hoy. Sin embargo, el ineludible escepticismo filosófico de hoy, no está solamente ligado a “nuestro tiempo” como si en el futuro fuera todavía posible un regreso al dogmatismo. Al contrario, lo que se revela, es que la época de los sistemas (y del carácter científico de la filosofía) está definitivamente revaluada, y lo que surge hoy es el escepticismo, no como algo ligado simplemente al espíritu del tiempo, sino como algo esencial a la filosofía misma. Dicho de otra manera, la filosofía, que divagó por tanto tiempo en su pretensión absolutista, hoy finalmente llega a su verdad, a su esencia.

Pero en el vasto dominio de la filosofía ¿cuál es el justo lugar, el lugar de impacto del escepticismo? Recordemos la imagen cartesiana: la filosofía es como un árbol cuyas raíces son la metafísica, el tronco es la ciencia natural, las ramas son las otras ciencias y la moral. El escepticismo, no se sitúa en el nivel de las ciencias particulares, incluso si las “verdades” que ellas nos aportan no son definitivas. No se sitúa, sobretudo, en el nivel de la moral, la cual, por el contrario, constituye el límite, frontera en la que descansa necesariamente el escepticismo. ¿Quién no se atrevería a condenar Auschwitz? Auschwitz significa la imposibilidad radical del escepticismo en la moral. Y como la política, en lo que ella debe ser, es decir, como política moral, debe

impedir un Auschwitz en el futuro, es necesario decir que la política, también marca la frontera en la cual se detiene el escepticismo.

El escepticismo se sitúa en el nivel de lo que Descartes denomina "metafísica" es decir, en las "raíces" mismas de la filosofía. Aún hay que entender la palabra "metafísica", no en el sentido estrecho de doctrina "de Dios y del alma", o de lo "suprasensible", o de lo "sobrenatural", sino en el sentido amplio del discurso que toca lo que está más allá de la experiencia. Aquello acerca de lo cual no puede haber ninguna experiencia es la totalidad de las cosas. Así, la naturaleza, como totalidad de cosas sensibles, está más allá de la experiencia. En pocas palabras, la metafísica es el discurso de la totalidad. Ahora bien, nadie sabe lo que comprende la "totalidad de las cosas" y nadie lo sabrá jamás. Comprende esta a Dios y al mundo o solamente al mundo o solamente a la naturaleza¹. Toda respuesta está afectada por la incertidumbre, puesto que ninguna puede tener el carácter de un *saber*. La razón de esta incertidumbre radica en la ignorancia irrefutable que nosotros tenemos acerca de lo que significa la muerte; de la otra vida o no - vida. Epicuro, Descartes, saben, el uno que el alma es mortal, el otro que es inmortal. Yo puedo, pensar, hoy, como Epicuro, que el alma es mortal, pero a diferencia de Epicuro, no puedo decir que lo *se*.

Así en las raíces mismas de la filosofía: la incertidumbre. Esto no nos impide en absoluto que, como filósofos, lo podamos reflexionar, buscar la verdad, decir lo que nos parece cierto. Pero hoy, el discurso filosófico comporta necesariamente tres momentos:

1. El momento escéptico

Todo filósofo es en principio escéptico. Escuchémoslo: "yo no busco más que la verdad. En el fondo de mis propias evidencias, frutos de una vida de meditación, yo voy a decir lo que me parece cierto. Yo propondré los análisis, yo daré las razones, yo defenderé los argumentos, las *pruebas* no las puedo proporcionar. Ustedes son libres de pensar que me equivoco, que soy un iluso", porque en la filosofía propiamente dicha, es decir, como discurso de la totalidad, no hay

¹ Sobre la distinción de las nociones de "mundo", "universo", y "naturaleza", cf. mi artículo "Penser la Nature", en *Revue Philosophique*, 2000/3 (artículo tomado de mi libro *Présence de la Nature*, aparece en el PUF).

pruebas, ni saber, ni demostración. No hay más que dos formas de conocimiento: el conocimiento vulgar y el conocimiento científico; no hay conocimiento filosófico.

2. El momento pluralista

El filósofo reconoce otras posiciones filosóficas distintas a la suya como posibles en derecho - aunque para él no tengan significación real. El idealista debe reconocerse incapaz de refutar el materialismo y viceversa. La filosofía está necesariamente fragmentada, lo que significa que la población de los filósofos se reparte en círculos, en los cuales la comunicación no es obvia, incluso si ésta existe. Descartando a los discípulos de Hegel y de Eric Weil, para quienes la historia de la filosofía hace parte de la filosofía misma, el filósofo de cierto círculo puede ignorar lo que pasa en otro -y no preocuparse por esto. Por lo demás, cada círculo tiene su lenguaje, sus publicaciones, sus autores de referencia, esto porque cada uno tiene sus métodos y sus problemas. Se dirá que antiguamente, el Jardín de Epicuro y la Academia de Polemon, por ejemplo, eran círculos cerrados, en los cuales reinaban los métodos y las "verdades" mutuamente exclusivas. Probablemente. Pero hoy, los círculos no solamente se toleran, sino que se "reconocen", puesto que cada uno sabe que otras filosofías diferentes a la suya son posibles y tienen consistencia. En una elección universitaria, un fenomenólogo podrá dar su palabra a un filósofo analítico del cual nada ha leído, mientras que Platón no dio su palabra a un democritense (¿lo cual no quiere decir que él haya querido quemar todas las obras de Demócrito?) ni Epicuro a Chrisippe y seguramente no Malebranche a Spinoza. Una especie de mansedumbre general es el efecto del escepticismo.

3. El momento Temático

Surge para el filósofo, el momento de la opción. Su propósito se desarrolla ahora alrededor de un tema. Para Descartes, la metafísica tiene por objeto el conocimiento de Dios y del alma. Tal es el tema. Para otros, puede ser la naturaleza, la materia, o el espíritu, o el Ser, o la vida, o el

lenguaje, etc. Toda la filosofía dogmática del pasado quizás sea retomada hoy, pero necesariamente desde la óptica de escepticismo.

Yo tomo el ejemplo de mi propia manera de ver el mundo y la vida (incluso en mis estudios históricos -sobre Montaigne, Lucrecio, Epicuro, Pirrón, Heráclito, Anaximandro, Parménides - yo siempre he sido más filósofo que historiador) ¿Sobre qué se funda ésta? Ni sobre una fe preestablecida, ni sobre las ciencias, como afirman algunos, ni sobre alguna demostración, sino solamente sobre el fondo y el suelo de mis más primitivas e innatas evidencias, la primera se basa en lo que existe en la naturaleza y correlativamente la muerte.

En el nivel de la multiplicidad de seres, que nacen, mueren y desaparecen, sin dejar más que las efímeras huellas de la memoria, yo hago uso de la noción de apariencia, tal como Pirrón me la ha sugerido. Sabemos que ni la duda, ni la eliminación de juicios son esenciales al pirronismo puro, sino solamente la abolición de la diferencia entre la apariencia y el ser. Los discípulos de Pirrón (Enesideme y otros) solían decir que el pirronismo conducía a la filosofía de Heráclito, puesto que, ésta pertenece a la apariencia del ser cambiante. Ahora bien, si la apariencia no es ni apariencia *de* (de un ser), ni apariencia *para* (para un ser), pero si ésta es "pura" (como dice Alain) o absoluta, sin estar mas delimitada por los otros seres, ella es el Todo, y entonces "*todo cambia*" *panta rhei* en palabras de Heráclito. Si ahora vuelvo sobre el Todo de lo que existe, considerado como tal, entonces mi tema ya no es más la apariencia, sino la naturaleza: ésta ya no es lo pasajero sino lo eterno. Pirrón no se preguntó lo suficiente sobre lo que pasa cuando "todo pasa", dado que, que todo pase es lo mismo que no pase. Lo que no pasa: la muerte, el tiempo, la naturaleza, el devenir. Aquí todavía se nota la influencia de Heráclito para quien la naturaleza eternamente produce el mundo mediante una creación continua. Pero yo leí el fragmento de los *pensamientos* de Pascal sobre los dos infinitos que se conjugan en el seno de la naturaleza. Es decir, que, para mí, la naturaleza, en tanto que infinita, no puede ser pensada sino como incognoscible e incomprensible: otra forma de escepticismo.

Así, yo tengo mis propias evidencias, que no pretendo demostrar. Yo le digo, entonces, al filósofo cristiano: "admito que lo que no tiene sentido para mi, lo tenga para usted, que lo que para mí es ilusorio, sea para

usted, la verdad misma, y esto no como una simple constatación de hecho, sino como el reconocimiento de un derecho: el suyo, de filosofar así. Puesto que tal "derecho" no se podría considerar como malo sino mediante una refutación, la cual es imposible.

Pero -siempre refiriéndome al filósofo cristiano (o judío o islámico) -, yo agregó: "que donde nuestro desacuerdo termina, es, ya lo he dicho, en la moral. Esto significa que la moral no es cuestión de opinión: ella puede ser *fundada*, es decir, justificada. Sin embargo, no se funda ni sobre la religión, puesto que no tengo, ni sobre la metafísica, puesto que la suya es diferente de la mía, sino sobre el simple hecho de que usted y yo podemos dialogar y nos reconocemos igualmente capaces de verdad y con la misma dignidad de seres razonables y libres. Y una moral así, implicada en todo diálogo, diferente también de las morales colectivas, como de las éticas particulares, tiene un carácter universal, puesto que el diálogo, con cualquier hombre, es siempre posible, en derecho⁴⁹ (2).

Dicha moral "de los derechos del hombre": es el límite sobre el cual descansa el escepticismo. Sin embargo, desde que pasamos de los "principios fundamentales" a su aplicación, el desacuerdo surge, y con él la incertidumbre y el escepticismo como posibilidad de un consenso. Puesto que ¿cuándo surge el hombre? ¿El principio del respeto de la persona humana se aplica al embrión? ¿Al feto? ¿Sobre la clonación? Y la vida también ¿no tiene derecho al respeto? ¿No habría un "derecho del animal"? El disenso prevalece. Sobre los sujetos de "bio - ética", la cacofonía de las opiniones autoriza el escepticismo como posibilidad de una convergencia de los juicios distinto de los cuadros mezquinos de un "Comité de Ética".